

El conflicto palestino

MANUEL OROZCO

THEODOR Herzl, nacido en 1860 en Budapest en una familia austriaca con ascendencia hispano-portuguesa, fundador del sionismo político, se da cuenta de la dificultad de que los judíos sean asimilados en los diferentes países por el antisemitismo imperante; ante esto propone la creación de un Estado de Israel que uniera a todos los judíos dispersos por el mundo, reivindicando la idea de la Tierra Prometida para levantar una nueva sociedad. Así, bajo el lema de «dar a un pueblo sin tierra una tierra sin pueblo», se movilizó a los judíos europeos y norteamericanos presionando a la clase política inglesa para que se firme una declaración en la que Gran Bretaña se comprometiera a favorecer la creación de un Hogar Nacional Judío en Palestina. La Declaración de Balfour se firma en 1917. Un poco más tarde Gran Bretaña lleva a término la independencia de Palestina y crea un Hogar Nacional Judío en el mismo territorio.

El primer enfrentamiento se da en 1921 y no ha parado hasta la actualidad. Con la Segunda Guerra Mundial la emigración de los judíos hacia los nuevos territorios fue enorme y, de hecho, aparece el Estado Judío, pues hasta llega a enfrentarse con Gran Bretaña con un ejército de más de 60.000 hombres y colaboran con grupos terroristas que causaron grandes pérdidas y problemas a los británicos.

Se pidió la intervención de la ONU y se llegó a la conclusión de que las propuestas de los palestinos y los judíos no podían conciliarse. En 1947 se propone el reparto de Palestina. Con esta decisión la guerra era inevitable y duró hasta 1949. Desde entonces el pueblo judío se siente amenazado, pues los intentos de expulsarlos son constantes por parte de Egipto en 1956 y en 1967 (La Guerra de los Seis Días). En 1973 Egipto y Siria, lo intentan nuevamente.

Pero las victorias de los judíos no han dado más seguridad a este pueblo, al tiempo que se recrudece el problema de los refugiados palestinos. Hoy los enfrentamientos son continuos con Hamás que comienza una nueva forma de guerra; ahora ya no es directa, sino a través de atentados terroristas y lanzamientos de misiles hacia zonas pobladas del territorio de Israel, mientras se protegen con 'escudos civiles' para evitar las reacciones. Se comprende la necesidad de Israel de tener seguridad, pero la forma en de enfrentarse a Hamás, en la que mueren civiles y crean devastación, no es la mejor manera de llegar a acuerdos o de distensionar esta zona. Todo el mundo sabe que desde Gaza se lanzan misiles contra Israel, pero, tal y como lo hacen, pierden la guerra de la imagen y de la valoración. Se televisan las explosiones, los muertos y los llantos de los palestinos; nos enseñan los hospitales y las calles ensangrentadas. El drama queda servido y el mundo no comprende estas acciones violentas, pues las ven desproporcionadas y terribles. El odio se canaliza hacia los judíos y, por tanto, contra Occidente por consentir estas acciones violentas. El radicalismo se extiende y los terroristas islámicos justifican sus acciones terribles contra intereses occidentales. Por otro lado, tan poco es entendible el deseo de expulsar al pueblo judío al mar, por lo que se entienden muchos silencios y la imposibilidad de llegar a acuerdos importantes en la ONU.

Por este camino será muy difícil el entendimiento, sobre todo cuando hay muchos países interesados en suministrar armas y dinero, que no se dedica a promover la economía o la confianza, sino a mantener el conflicto del que viven. Las consecuencias son terribles, pues aumentan la distancia y la desconfianza entre la civilización musulmana y la Occidental, al tiempo que refuerza la idea del pensamiento contra Occidente que Lukas o Gramsci supieron concretar para ir minando la confianza en nuestra cultura dentro de los occidentales y se proponen nuevos valores y todo tipo de propuestas que, no solo no solucionarían de nada, sino que aceleran la decadencia y la muerte de esta gran civilización. Esta es la principal consecuencia y el drama que estamos creando y viviendo.

De lo urbanístico

JUAN CHIRVECHES

EL dios del urbanismo sí que ha jugado a los dados con las construcciones, edificaciones y urbanizaciones. El dios del urbanismo, que en lugar de ente vaporoso es sustancia de ladrillo, ha arrojado los dados de los edificios sobre el tapete del paisaje, y han ido cayendo y se han ido quedando como Dios le dio a entender: sin orden ni concierto; apretados, apilados y amontonados unos sobre otros tal como si lo moderno hubiera sido construido por titanes beodos en una tarde de borrachera.

A la buena de Dios. A la buena de este dios del urbanismo que propende

al caos. Urbanismo: la noble palabra, el noble concepto que ha sido tan distorsionado, adulterado y manoseado por políticos irresponsables, promotores-constructores sin ética, cómplices arquitectos de estética birriosa o particulares listillos y asociales... que hoy día, paradójica e injustamente, la palabra urbanismo sugiere todo un mundo de sensaciones y actuaciones negativas o fraudulentas.

En las últimas tres o cuatro décadas se ha edificado en toda España de forma tan bruta y tan brutal, en cuanto a la calidad, en cuanto a la calidad y en cuanto a la altura, anchura, largura y caradura que no salimos de nuestro asombro.

La sañosa agresión a nuestras ciudades, pueblos, playas y paisajes ha sido de una violencia sin parangón en los países de nuestro entorno. Hemos sepultado media España con una losa de ladrillo corrompido bajo la que se ha lavado el dinero negro de la delincuencia nacional e internacional; se ha desacreditado, más si cabe, la clase política municipal y regional; se han traicionado alevosamente los modelos arquitectónicos propios de cada región o comarca y se han cambiado por otros de estilo importado, plano, de pésimo gusto, repetido hasta la angustia tanto aquí como en Madrid: igualitaria-mente igual de feo y uniforme en Cabra, en Jaca o en León. Qué animala-



Una cultura para la vida

IGNACIO PELÁEZ HOAC DE GRANADA

LA actual crisis económico-financiera, que es global, ha puesto de manifiesto una serie de cuestiones que se deberían abordar si queremos una sociedad más humanizada. Toda crisis no tiene por qué ser necesariamente negativa; crisis significa cambio y el cambio puede ser a mejor; como sucede generalmente con la crisis de la adolescencia.

Una de las cuestiones manifestadas es que el capitalismo puro y duro no es bueno porque produce víctimas: los trabajadores que van al paro, los hipotecados morosos, las pequeñas empresas que no tienen liquidez,...

También se ha puesto de manifiesto que es necesaria una cierta intervención del Estado, que haga de regulador; la sola oferta y demanda no es la panacea.

Pero hay tres cuestiones puestas de manifiesto que son capitales, porque

configuran a la sociedad. Una primera es que el sistema ha conseguido que una de las dimensiones de la persona, ni la primera, ni la más decisiva, sea la que se haya hecho con el mando y organice la vida de las personas: el sistema ha conseguido que la dimensión laboral se imponga y marque el ritmo de las demás: si el trabajador quiere seguir trabajando y cuidando a su familia, tendrá que organizar su vida en función de las condiciones laborales que tenga; para departir con su familia o amigos, ha de mirar primero a sus condiciones laborales; para establecer tiempos de ocio, lo mismo; incluso para tener un hijo este año, primero ha de contar con su trabajo: si le permitirán seguir al quedarse embarazada, o la despedirán. Y así sucesivamente.

Una segunda cuestión es que el sistema ha conseguido cambiar el concepto de persona. Hasta ahora se concebía a la persona como un ser racional y so-

cial – un 'animal político' al decir de Aristóteles – con capacidades a desarrollar y derechos-deberes a desenvolver. Pero ahora persona es el 'individuo productor-consumidor': si produces y/o consumes, vales; si no, eres un don nadie.

Y una tercera, la más sibilina y peligrosa: el sistema ha conseguido que todo lo anterior se vea como razonable y normal; ha conseguido que todo lo anterior entre a formar parte del sentir, pensar y vivir de la gente; es decir, ha conseguido que todo lo anterior se convierta en 'cultura'.

Pero tal cultura es deshumanizadora, pues hace al hombre menos libre, menos solidario, en definitiva, menos persona. Por ello hay que reaccionar, plantarse ante esa cultura deshumanizada y deshumanizadora, hacerle frente con otra cultura que sea humanizante, que sea una cultura de vida. Una cultura alternativa.

da. Conocido es el dato; en los últimos años, año tras año, se construía, sólo en nuestro país, más que en Alemania, Francia y Gran Bretaña juntas, estados que nos superan con amplitud en movimiento económico y renta per cápita, pero también en número de habitantes ya que en conjunto quintuplican al nuestro: España, 45 millones; Alemania, Francia y Gran Bretaña, 200 millones...

Esta locura generalizada e incontrolada ha sepultado vegas protegidas, ha invadido riscos y cerros, ha tapado ramblas, ha roto paisajes, ha cegado perspectivas y luces, ha enladrillado vientos y ha fomentado una ramificada corrupción en los consistorios, infinidad de ellos convertidos en auténticas cuevas de ladrones.

Ha habido ciudades donde el número de viviendas construidas en su cinturón urbano ha superado en un 150% el índice de aumento de su población. Y numerosos pueblos de 2.000 o 3.000 habitantes nos tenían proyectados planes para construir, en pocos años, 12.000 o 15.000 innecesarias viviendas en su término: a comisión cada permiso, claro, para el bolsillo del alcalde y del concejal. Los planes generales de ordenación urbana, en muchos casos, no han sido otra cosa que semillas de papel y letra plantadas en un territorio que, regado por licencias dudosas y no dudosas, dio una monstruosa cosecha de plantas de ladrillo y cemento.

Todo a lo bestia: a lo bestia la desmesurada cantidad; a lo bestia la ínfima calidad; a lo bestia el mal gusto; a lo bestia los modelos arquitectónicos ajenos e impropios; a lo bestia la reiterativa imitación, grosera y paupérrima, de Le Corbusier.

No se ha construido en España, como debiera ser, entre el paisaje, en el paisaje, con el paisaje, para el paisaje, desde el paisaje y hacia el paisaje, sino, desafortunadamente, contra el paisaje y encima del paisaje. De igual modo, no se ha construido con la ciudad ni para la ciudad, sino, en demasiados casos, contra la ciudad y encima de la ciudad: no continuándola, completándola y respetándola, sino desvirtuándola y destruyéndola.

Casan mal con los centros históricos, y aledaños, de las viejas ciudades europeas o españolas, no digamos con nuestros pue-

Lo que voy a proponer es una utopía. Y añado enseguida que tal palabra la debemos entender en su sentido filosófico riguroso, no en el coloquial de algo ilusorio, pueril. No. Utopía en su significado verdadero, desarrollado en el Renacimiento, es lo que no está en un lugar concreto, pero desde el horizonte nos llama para que lo vayamos creando. Pero el tsunami neo-liberal ha puesto en circulación el mito del colapso de todas las utopías.

Yo me rebelo contra tal mito, pues la Historia demuestra que los hombres han conseguido avanzar a base de luchar por una utopía: utopía era el que no trabajaran los niños en las minas; utopía era que la seguridad social llegara a todos, o que la mujer fuera igual al varón. Además, los que creemos en Jesucristo sabemos que Él es el hombre utópico, que puso en marcha un proyecto de liberación de los hombres.

Necesitamos una cultura alternativa que, concibiendo a la persona como ser individual y social con una grandísima dignidad, facilite a todos la oportunidad de desarrollar sus capacidades al servicio propio y de la comunidad. Necesitamos una cultura alternativa, porque el desarrollo económico y el consumo ilimitado del Norte sólo pueden mantenerse a base de tener estrangulados a los países del Sur; y eso ni es justo, ni será viable en un futuro no lejano.

blo, los altos bloques de pisos, la terraza corrida, las paredes ladrilleras, el espanto del volumen excesivo que nos cae encima como si nos sumergiera una ola de piedra en medio de un mar de ladrillo.

En ningún país se ha abusado tanto como aquí de esas intrincadas selvas de bloques de pisos, muy feos y extraños. En vez de tender a que toda la ciudad parezca centro (al menos estéticamente), hemos conseguido que toda la ciudad parezca arrabal. Hemos mutado la ciudad calma y tranquila por la ciudad nerviosa, ruidosa y espantosa: menudo negocio.

Lo antiguo tiene y trae calma: uno se siente sosegado, hay como una paz en las cosas y en las calles antiguas que se transmite a quien las contempla. Sin embargo, no hemos respetado el modelo de ciudad aquilatado por los siglos. No hemos sabido continuarlo: ¡cuántas calles antiguas hemos desmantelado! Y seguimos. ¡Cuántos edificios con solera han caído y se han visto sustituidos por espantos completamente ajenos al tipo tradicional de la calle!

Se suceden los movimientos artísticos. Lo nuevo sustituye a lo viejo. En literatura, música o pintura la novedad reemplaza a lo gastado, pero no lo destruye. El problema de la arquitectura es que, en más ocasiones que las deseables, lo nuevo arrasa lo antiguo, lo destruye y lo liquida. Lo bonito, y lo difícil, sería saber conjugar lo nuevo con lo antiguo, sin suplantarlos, sin violentarlos, sin montarse encima.

El urbanismo, lo urbano, debiera tender a ser una línea continua en el tiempo y en los modos de la ciudad. Y una línea continua de la naturaleza, del paisaje, de la geografía en la que tal localidad se ubique; y no un punto y aparte como ha venido siendo en los últimos muchos años. Las intervenciones debieran estar tan integradas en el entorno que casi no se notaran. Lo demasiado evidente es, creo, un error. Las mejores actuaciones son aquéllas que de tan tenues nadie repara en que allí se ha actuado artificialmente.

Es lo mismo que aquella mujer a la que alguien dijo en una fiesta: ¡Qué elegante va usted, señora! Y ella contestó: «No, si usted lo ha notado».

Pues igual.

Necesitamos una cultura de la igualdad: un convencimiento generalizado de que todos tenemos la misma dignidad y los mismos derechos y obligaciones.

Necesitamos una cultura de la solidaridad: todos somos menesterosos; todos nos necesitamos; todo repercute en todos. «Nada humano me es ajeno», que decía Tertuliano. Por consiguiente, tenemos que sentirnos cercanos, hermanos, co-responsables; el barco es de todos y si se hunde, todos vamos a pique; hay que compartir.

Necesitamos una cultura de la austeridad: los bienes no son inagotables, pero hay para todos si no derrochamos; lo que yo consumo en exceso loco, a otros les faltará.

Necesitamos una cultura del respeto a la Naturaleza: de ella vivimos; ella es de todos, los del Norte y los del Sur, también de los que vendrán. Con un consumo razonable, austero y respetuoso habrá para todos.

He ahí nuestra utopía: convertir todo eso en cultura; conseguir que esas cuatro cualidades entren a formar parte del sentir-pensar-vivir de la gente, que eso es la cultura. Y eso depende de ti, de mí, del otro,...

Los que somos creyentes en Jesús de Nazaret tenemos una razón añadida para luchar por esa utopía: que coincida con su mensaje de liberación, de fraternidad, de igualdad, de amor. «Yo he venido a traer vida», dijo Él. Es la cultura de la vida.

CARTAS AL DIRECTOR

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas mecanografiadas. Estarán firmados y se hará constar el número del D.N.I. junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores. La Dirección del periódico se reserva el derecho de publicar los textos recibidos, así como de extraerlos en el caso de que sean excesivamente largos. Dado el volumen de originales que se reciben, no se mantendrá correspondencia ni contacto telefónico con los autores. También pueden enviarse por correo electrónico a la dirección: cartasdirector@ideal.es. En este caso, compruebe que su carta está libre de virus para que pueda llegar a su destino.

Carta de un ex votante al Ayuntamiento sexitano

Sr. Director de IDEAL: El 12 de agosto de 2008 entregué una comunicación al Ayuntamiento referente al impuesto de basura. Dos meses después, entregué el recordatorio con copia del primer escrito. Me siento justificado de deplorar la falta de formalidad demostrada por no reconocer ninguno de los dos. Dado que ya se conocían bien la inercia y la mala fama de esta entidad, no me extraña tanto esta lamentable y vergonzosa práctica de no contestar a los escritos recibidos. La autoridad que regenta la localidad de Almuñécar sigue empeñándose en evidenciar su falta de cortesía y ética profesional, a las que hemos tenido que acostumbrarnos.

No soy extremista, ni radical, ni tengo tendencias anarquistas. Me considero formal, culto, pragmático y suficientemente civilizado como para aceptar una respuesta negativa a cualquier petición. Lo que no aguanto bajo ningún concepto es la ignorancia y el desprecio, que producen el vergonzoso resultado de no recibir contestación ninguna.

Reconozco que padecía de un trastorno cerebral cuando voté a favor del partido que actualmente manipula el poder. Se puede dar por sentado que recuperé el equilibrio mental y no se va a repetir dicha frivolidad.

Además del asunto de los escritos ignorados, me siento obligado a poner en tela de juicio las aberraciones que se pusieron en marcha simultáneamente con los dos proyectos de enorme envergadura de los paseos de Cristóbal y Velilla. Con este proceso la autoridad (¿competente?) mostró un lapsus de memoria increíble. Me refiero a las dificultades y retrasos experimentados con la obra del parking del Paseo del Altillio; es evidente que los dirigentes del partido no aprendieron nada de ese prolongado acontecimiento.

Sobrevive este pueblo gracias al turismo. La construcción de las dos obras a la vez solo sirve para perjudicar la rentabilidad de este sector por lo cual les auguro a ustedes que 2009 será un reto muy precario. Todo esto tiene una cierta gracia. El alcalde y sus acólitos traen vida al refrán que dice que 'el hombre es el único animal capaz de tropezar dos veces (o incluso tres) con la misma piedra'.

La intransigencia tiene su precio. ¡A ver cómo van los ingresos de turismo la próxima temporada!

Votante decepcionado.
William McCracken Almuñécar

El caos de Sierra Nevada

Sr. Director de IDEAL: Un día sí y el del medio también se leen noticias en los medios sobre Sierra Nevada, unas veces buenas y otras no demasiado agradables. Entre las segundas, se encuentran las de los fines de semana en los que se producen los atascos y aglomeraciones de la estación de manera cada vez más reiterada y repetitiva, aunque algún que otro político y/o gestor diga que son situaciones puntuales.

Como nunca nieva a gusto de todos, estas situaciones que a unos incomodan, sobre todo a los sufridos atascados del bien llamado 'Caos de la Estación', a otros llena la bolsa (establecimientos hosteleros de la carretera, bares y comercios de la urbanización, Cetursa, el parking, etcétera) con al menos una excepción: Güéjar Sierra, que se ve cada vez más triste, vacío y ruinoso... Crisis con mayúsculas a un paso del caos, caos en todos los sentidos que se puedan imaginar.

Esta situación beneficia poco a la nieve y al medio ambiente. Teniendo en cuenta que un coche medio emite más de 150 gramos de CO2 por cada kilómetro, solo en los últimos diez de su recorrido por nuestra Sierra (los que más afectan a la nieve) cada coche deja en el aire más de un kilo y medio de polvo y polución. Solo los mil coches que entrarían en el nuevo parking que haría falta con urgencia dejarían más de una tonelada y media a la subida y casi otro tanto a la bajada. Suban, sumen y luego añadan los del otro parking, los que estacionan en los arceles y a lo largo y alto de la urbanización, después a todo ello súmenles el tiempo de los atascos, durante el que los coches suman pocos metros pero donde sus escapes rezuman durante más tiempo... Ahora que ya he sumado, quiero soñar que algún día se podrían ir restando algunos de esos sumandos de por ahí arriba, si por fin se construyera desde mi pueblo ese teleférico que hace años estaba proyectado. Así también podríamos sumar otros.

Miguel Zúñiga Presidente de la Asociación de Empresarios de Güéjar Sierra

SORIA

